



MONS. JAVIER ECHEVARRÍA

Vescovo tit. di Cilibia
Prelato dell'Opus Dei

Ante la imposibilidad de acudir personalmente a Boca de Huérgano, población tan querida para mí, me da alegría hacerme presente a través de este mensaje que os leerán de mi parte, en la celebración del Centenario del nacimiento de la gran mujer Dora del Hoyo. Fue la primera que siguió a San Josemaría, empeñándose en santificarse y santificar las tareas del hogar, que consideró con gran acierto como un auténtico trabajo profesional, compuesto tantas veces por cometidos aparentemente humildes, pero de gran calidad, pues son los que desempeñó Nuestra Señora en el hogar de Nazaret.

En el libro *Forja*, el Fundador del Opus Dei escribió: «*Las tareas profesionales –también el trabajo del hogar es una profesión de primer orden– son testimonio de la dignidad de la criatura humana; ocasión de desarrollo de la propia personalidad; vínculo de unión con los demás; fuente de recursos; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que vivimos, y de fomentar el progreso de la humanidad entera...*» (Forja n. 702)

Después de la marcha al Cielo de Dora, el 10 de enero de 2004, comenzaron a manifestarse señales claras de que gozaba de una sólida y extensa fama de santidad. Se recibieron incontables relaciones escritas y firmadas de diversos lugares del mundo, enviadas de manera espontánea por muchísimas personas, que demuestran esa realidad de que Dora trabajó para el mundo entero. Han llegado, además, unos trescientos relatos, procedentes de 25 países de los cinco continentes –y el número sigue creciendo–, de favores atribuidos a su intercesión. En estos testimonios se advierte la intensa vida de piedad de esta mujer fiel a Dios, cercana a los hombres y mujeres, su fortaleza, su caridad hacia todos y el amor a Dios que le movía a trabajar con alegría.

Sus colegas de trabajo –tan necesario para la sociedad– han confirmado también su prestigio profesional. No se conformaba *simplemente* con actuar en el planchero, en la cocina o en la casa, sino que aprovechaba a fondo sus talentos. Bastan pocos ejemplos: en la década de los Cuarenta decidió planchar y almidonar, según la moda de la época, las camisas de los jóvenes universitarios del Colegio Mayor Moncloa, de Madrid, sin que nadie se lo hubiese exigido; o bien, daba pruebas de gran habilidad a la hora de guisar un “plato especial” con un presupuesto excesivamente modesto. Limpiar el menaje de la cocina o servir la mesa eran para ella una ocasión de amor. Quería encontrar a Dios en el empeño –vulgar para quienes no saben querer, pero en realidad heroico– de ofrecer una ocupación bien acabada, con cariño, día tras día, hasta el final de su vida.

Los recuerdos escritos sobre su carácter y personalidad manifiestan también su buen gusto y elegancia en el porte exterior. Su estilo de conducta resultó particularmente ejemplar para las mujeres, que necesitan –como todas y todos– la ayuda del Cielo para afrontar los diferentes problemas del día a día en el cuidado de los hogares y de las familias. Hoy, y siempre, se puede redescubrir en su comportamiento y en las labores del hogar la dimensión profesional, que confiere humanamente una seria personalidad.

Dora tuvo una gran importancia para el Opus Dei, por su fidelidad y por su oficio profesional perfectamente acabado, adornado con su humildad que la llevaba “a hacer y desaparecer”. Por eso ha sido tan eficaz; no buscó para sí ninguna gloria humana, ningún aprecio especial, entregando su vida a Dios y a todos al cien por cien. Ha sido una mujer de fe, que confió plenamente en lo que el Señor le pedía, operando siempre con la esperanza de que el Opus Dei crecería y llegaría a ser lo que hoy vemos, gracias a Dios, extendido por todos los continentes.

Dora consideró fundamental su vocación profesional no sólo para la familia, sino para cada persona y para la sociedad. Estaba convencida de que la felicidad del mundo empieza con una vida familiar serena, conseguida cuidando un sinfín de detalles grandes y pequeños, que dan al ambiente el resello de la armonía y del buen humor.

El sentido principal de cualquier causa de canonización estriba en hacer el bien a los demás, contribuyendo así al bien de la Iglesia. Si el Santo Padre, al final del proceso, aprobara su beatificación –como nosotros esperamos–, la figura de Dora nos facilitará a todos palpar el valor inmenso de una vida gastada como alegre ofrenda diaria a Dios, en servicio lleno de simpatía en las casas familiares, siguiendo las enseñanzas de San Josemaría.

Con mi mejor bendición

in Domino
+ Javier Echevarría

Roma, 22 de marzo 2014